

Memoria y esperanza:

aportes bíblicos y teológicos
para una militancia renovada

Pablo Oviedo

“Todo está guardado en la memoria, sueño de la vida y de la historia”.
(León Gieco, *La memoria*).

Introducción

Memoria y esperanza son conceptos claves para la fe cristiana y para la Biblia que es su fuente primaria. Permanentemente se llama al pueblo de Dios -tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento- a hacer memoria de las acciones salvíficas de Dios en la historia, para renovar la fe en Él y encender la esperanza en un presente adverso por el sufrimiento y la injusticia.

Les invito a hacer un breve paseo por tres momentos en la historia de la salvación, donde la memoria y la esperanza juegan un papel clave en la identidad del pueblo de Dios: en la experiencia de Abraham y Sara en Géne-

sis capítulo 12, en el Éxodo como arquetipo (“modelo”) bíblico de salvación y en la vida y mensaje de Jesús de Nazaret a través de la Mesa o Cena del Señor, de su Resurrección y de la visión de Juan en el Apocalipsis.

1. Abraham y Sara: esperanza activa en la promesa de Dios

La Biblia describe la situación de injusticia y de maldición en los capítulos 1 al 11 del Génesis, y cómo entró la misma, por la desobediencia de los seres humanos ante Dios y de qué manera esa maldición fue corrompiendo la vida y destruyendo la bendición con que Dios bendijo la vida el día de la creación. Abraham y Sara son presentados como hijo y nuera de Taré en el cap. 11 y aparecen en el cap. 12, siendo llamados para traer nuevamente al

Pablo Guillermo Oviedo es miembro del Consejo editorial de nuestra Revista. Es Presbítero de la Iglesia Evangélica Metodista Argentina en Córdoba. Es Licenciado en Teología por el ISEDET, estudió Historia en la Universidad Nacional de Córdoba y enseña Teología en diversos espacios ecuménicos.

mundo la bendición de Dios, en las promesas de tierra y ser pueblo.

Ubicación histórica literaria

Partiendo de la hipótesis de M. Schwantes¹ de que ninguna palabra muy conclusiva se puede decir hoy sobre el origen de la unidad Gn.12-25, podemos situar a cada una de sus unidades menores en el diverso ámbito del interior de la sociedad de Judá tanto del pre como del post-exilio. Gn.12:1-4 sería aproximadamente del año 1000 a.c., según él; cuando Israel dejó de ser seminómade para pasar a ser un pueblo de agricultores sedentarios con monarquía.² Expresan la identidad de Judá tanto en la temática de la tierra-uno de sus intereses mayores- que en nuestro texto (11:27-12:9) aparece tan claramente y en los cap.15 y 23; como en el tema de la relación con los grupos y pueblos vecinos: en los cap.16, 19, 20, 21, 23, 24; visto desde una perspectiva judaica. La referencia indirecta a Jerusalén e implícita a la monarquía “de ti haré una gran nación....”v.2. y especialmente v.3 “en ti serán benditos todos los clanes o familias” transparentan los intereses del interior de Judá más que los de la capital. Según éste autor nuestro texto sería la puerta de entrada de este conjunto especial e intencional del Pentateuco: 11:27 al c.25; cuya puerta de salida sería 25:1-18. En la primera aparecen las relaciones con Egipto y Mesopotamia-características de Israel

y Judá en el pre-exilio- y en la segunda se realzan las vinculaciones con los parientes de Oriente, propias del postexilio. En 11:27-12:20 encontramos el trazado en que se desarrolla la historia de Israel: el arco va desde Mesopotamia por Canaán a Egipto, para luego retornar a Canaán. De todas maneras, sabemos que la obra maestra del Pentateuco- al que pertenece nuestro texto- fue terminada sobre los finales de la era de los persas, en torno del 400 a.C. donde la situación de la provincia persa de Judá era apenas un territorio departamental sumido en la pobreza, la no posesión de la tierra y la dispersión luego del exilio, el autoexilio; muy diferente con la Judá antes del 586³. Y es en ese contexto de opresión por la monarquía en el preexilio y de desesperanza en el postexilio en que se narra la historia de los patriarcas y el primero de ellos: Abraham, un nómade semita que a principios o mediados del segundo milenio a. C.⁴ abandonó primero Ur con su padre hasta Jarán (las dos centros religiosos-culto a la luna- y políticos de renombre hacia el tercer milenio a.C.) en la Mesopotamia superior y de allí se dirigió a Palestina, por llamado de Yavé, convirtiéndose en el primer receptor de las promesas de tierra, pueblo y bendición y en el primer padre de Israel.

Conceptos claves

En todo el itinerario de Abraham y

Sara en este texto encontramos una progresión en su crecimiento como pueblo de Yahveh: escuchan el llamado, obedecen y parten de Jarán hasta Canaán y llegan hasta Siquem en la encina de More. Perplejos porque “el cananeo vivía entonces en la tierra”: ese pueblo fuerte y poderoso que amedrentaba. Aunque el bosque de More era un lugar de culto pagano –y atestigua Josué 24:26 que Abraham y los patriarcas eran politeístas – es interesante que el primer acto de adoración registrado de un hebreo en Tierra Santa tiene lugar en Siquem, centro de las 12 tribus para renovar su lealtad a Yahveh (Josué 24). En esa perplejidad Dios reaparece y los consuela y le confirma: “esta tierra que ves será de tu descendencia”. Luego entre Betel-centro religioso de los cananeos y futuro santuario del reino de Israel- y Hai se narra la invocación a Yahveh por parte de Abraham. Pero no les es permitido establecerse sino que deben continuar “caminando y yendo hacia el Negueb”. Serían las próximas generaciones quienes se establecerían en esa tierra de la promesa que se les hizo ver por primera vez. Por lo pronto Abraham y su familia obedecieron y adoraron al Dios de la promesa. Al Dios que les hace mirar, que pone en sus ojos una nueva tierra de bendición, de vida.

Otro tema es el de que Yahveh es el Dios personal de Abraham “y dijo Yahveh...”. Esto en el Antiguo Oriente no era nada común, ya que el relaciona-

miento de la divinidad con las personas o el pueblo ocurría a través del reinado y del rey⁵. En Israel, Dios viene fuera del reinado, antes de ser adorado a través de reyes y sacerdotes lo fue por pastores seminómades en su cotidianidad. El se dirigió como Dios de migrantes y de grupos familiares, de familias. “El Dios de Abraham es el Dios que camina junto a Él... Dios y vida no pueden separarse en la memoria histórica de los hebreos”.⁶ En ese sentido el texto del Pentateuco, pequeño credo histórico de los israelitas, cuenta la gratitud al Dios liberador que los ha traído a la nueva tierra. Dicho en positivo: agradecer y mantener fresca la impronta de ser “pueblo de Dios”.

Y no sólo esto sino que son familias que buscan una tierra para ser pueblo. El tema de la tierra es fundamental, como dijimos antes. Sin ella no hay sociedad estable, no hay viabilidad de la vida. Y se tematiza en los niveles de la palabra=promesas y en el andar=isotopía del camino, peregrinar. La tierra es el espacio imprescindible para constituir un pueblo, una nación, para ser bendición, para “crecer y multiplicarse” (Gn. 1:28). Es promesa (12:1,7), no propiedad por la cual se lucha de forma cruel, es deseo, horizonte, es ojos que ven e imaginan y no manos poseedoras. Es el espacio en que Dios quiere enmendar la vida y devolverle su bendición: lugar de encuentro de distintas tribus y clanes: ismaelitas, edomitas, egipcios, etc. Es la temática

de los vecinos, de la amistad tan central de nuestro pasaje; en medio de las diferencias y de la conflictividad de la vida y de los pueblos. “La tierra de Sara y Abraham es tierra de paz. La exégesis se ha olvidado de esta vocación de nuestros capítulos”, afirma Schwantes.⁷

El biblista Carlos Mesters lo sintetiza de la siguiente manera: “Abraham (y Sara) es todo aquel que en nombre de su fe en Dios y por causa de su amor a la vida, se levanta contra toda una situación de injusticia y de maldición, creada por los hombres, y que para cambiar esa situación, está dispuesto abandonarlo todo, a cambiar lo cierto por lo incierto, lo seguro por lo inseguro, lo conocido por lo desconocido, el presente por el futuro”.⁸

2. *Éxodo: memoria y esperanza en la salvación divina*

En la religión de Israel (y más en la cristiana) predomina una conciencia histórica en la experiencia religiosa: Dios es visto enfáticamente en su mostración salvífica en los sucesos de la propia historia del pueblo de Israel. Tan así es, que el éxodo, por ejemplo, es convertido en “arquetipo” de toda salvación⁹, en suceso primordial que es narrado con un lenguaje de estructura mítica (= los elementos prodigiosos - historia divina- de las plagas, del paso del mar, etc.). Por eso también la conformación de una teleología (de un

proyecto histórico visto en perspectiva religiosa), en la que el futuro se va captando cada vez con mayor fuerza como más importante que el pasado, aun que la misma creación. De ahí también el surgimiento -un tiempo después del exilio- de la visión apocalíptica de la historia (que es una inversión de la cosmogónica, pero con los mismos moldes).

Dios libera a su pueblo

Con respecto al antiguo Imperio de Egipto, aproximadamente a partir del año 3000 a.C. el pueblo a orillas del Río Nilo se convierte en un país importante. Los reyes o faraones alternan sus sedes entre las ciudades de Menfis (al norte) y Tebas (al sur). La historia del antiguo Egipto es dividida por los historiadores en dinastías (serie de monarcas descendientes de una misma familia). Según los investigadores, el éxodo del pueblo hebreo tuvo lugar bajo la dinastía n° 19 (aprox. 1250 a.C.).

Dios acompaña a su pueblo

Israel es puesto en marcha gracias a la bondad y el poder de Dios. La memoria histórica del Éxodo será referencial para los profetas y para Jesucristo, para todos los que luchan por el proyecto de Dios. Esa memoria de los hebreos, la resumen con el nombre de Yavé (Éxodo 3.8,14): el que es, el que está

acá con nosotros, el que vino, nos liberó y nos formó como pueblo para la libertad. El nombre Yavé será la clave de la Identidad de Israel como pueblo... “Israel es fruto de la lucha de los hebreos contra la opresión del faraón y de la liberación de Yavé”.¹⁰

3. *En el Nuevo Testamento: Nueva Creación.*

Cruz y Resurrección

En el nuevo testamento tenemos a la Resurrección de Jesús, el Cristo crucificado, como el nuevo comienzo, las primicias de la nueva creación y como eje de la esperanza cristiana. Y esto nos conecta con un área de la teología que es la escatología. Esta tendrá que ver siempre con el fin, con el último día, con la última palabra, con la última acción: Dios es quien tiene siempre la última palabra. Pero como bien dice el teólogo protestante J. Moltmann si la escatología fuera esto y sólo esto, entonces sería preferible dejarla a un lado, porque las «últimas cosas» echan a perder el gusto por las «penúltimas cosas», y el «final de la historia» -soñado o anhelado- le priva a uno de la libertad para aprovechar las numerosas posibilidades de la historia y nos arrebató la tolerancia hacia lo inacabado y lo provisional que hay en la historia. En ese caso no se aguanta ya la vida terrena, limitada y vulnerable, y se destruye con lo definitivo de la escatología

la frágil belleza de esa historia. Quien insta siempre por llegar al final, deja pasar en balde la vida. Si la escatología no fuera más que la «solución final» religiosa de todos los problemas, una solución que permitiera siempre tener la última palabra, entonces la escatología sería de hecho una forma muy desagradable de querer tener siempre la razón en cuestiones de teología, o sería incluso una forma de terrorismo psicológico, tal y como lo practican algunos chantajistas apocalípticos que hay entre nuestros contemporáneos.¹¹

Sin embargo, la escatología cristiana no tiene nada que ver con tales «soluciones finales» apocalípticas, porque su tema no es en absoluto «el final», sino -muy lejos de eso- la nueva creación de todas las cosas. “La escatología cristiana es la esperanza que recuerda la resurrección de Cristo crucificado, y por eso habla del nuevo comienzo en medio del final de la muerte. «El final de Cristo fue siempre su verdadero comienzo» (Ernst Bloch). La escatología cristiana se atiene a esta pauta cristológica en todas las dimensiones personales, históricas y cósmicas: en el final, ¡el principio!”¹²

Así como el éxodo es modelo de la acción de Dios; la pascua es la fiesta de la libertad, en la cual Cristo resucitado se sienta a la mesa con los suyos. Por ello las epifanías de Pascua y la celebración de la cena pertenecían originariamente a la misma categoría. Es el comer y beber en el reino de Dios, en

el Resucitado, anticipo para todos sus amigos... Si ocurre algo así como la resurrección de un muerto, hay que festejarlo; y esta libertad no puede ser solamente anunciada y oída, también hay que gustarla... La fiesta de la resurrección y de la eucaristía no es una evasión religiosa al cielo, sino que está en medio de la historia y une de manera singular pasado y futuro, recuerdo y esperanza. La representación de la pasión y muerte de Cristo es una esperanza que toma forma de recuerdo; la representación del reino de Dios que ha de venir es un recuerdo que toma forma de esperanza.¹³

La esperanza cristiana es una esperanza mediada, una esperanza en la resurrección y en la vida eterna, mediada por la cruz del resucitado. La resurrección y la vida eternas serán transmitidos a los que han caído bajo el poder del pecado y de la muerte por medio del crucificado, el cual se ha desposeído de sí mismo enajenándose y, mediante su solidaridad con los “sin Dios”, les ha reconciliado con él. Pero lo que se les ha transmitido a través del crucificado es ese futuro en el que Dios está junto a los hombres y los hombres están junto a Dios.¹⁴

Por ejemplo, aparece claramente en los textos de Juan sobre la resurrección, la concepción que tiene de la obra de Jesús: consiste en la **creación de una humanidad y un mundo nuevos**. Simboliza esta idea con el encuentro en el huerto de la nueva pareja primor-

Así como el éxodo es modelo de la acción de Dios; la pascua es la fiesta de la libertad, en la cual Cristo resucitado se sienta a la mesa con los suyos.

dial que le da origen. Jesús está vivo y presente entre los suyos, que son las primicias de la nueva creación. Así **somos testigos y anticipos de la resurrección**, ciudadanos de un mundo nuevo que está por venir pero que empieza a insinuarse, caminantes con el Jesús resucitado que, en el decir de Gustavo Gutiérrez, se levanta siempre antes que nosotros para seguir caminando nuestro mundo, desde comunidades de seguidores y seguidoras del resucitado.

Esto nos hace pensar en la necesidad de hacer memoria de nuestra fe en Jesús el Cristo, crucificado y resucitado, con el fin de renovar nuestra esperanza activa, nuestra militancia por la vida y el proyecto salvador de Dios presentado en Jesucristo. En las iglesias cristianas tenemos **en el rito de la santa cena o la eucaristía**, la oportunidad de hacer memoria de la entrega

de Jesús por este proyecto y a su vez de comprometernos con renovar nuestra militancia cristiana por la vida, la justicia y la paz. **“Recordar: del latín re-cordis, volver a pasar por el corazón”**, dice Eduardo Galeano. No es poca cosa volver a pasar cosas por el corazón, en este tiempo cuando empiezan a despreciarse los avances en la recuperación de la memoria histórica, por mezquindades y avaricias de quienes tienen poder. Así recordamos a Jesús, no como un viejo dato sino reviviéndolo en nuestros corazones y en cada comunidad. Guardamos, en la memoria y en la fe, la entrega de Jesús por amor a todos nosotros, por lealtad al proyecto de Dios, en la entrega de nuestras vidas, como dice el texto de Juan.

Y lo hacemos renovando nuestra fe en Jesucristo y en seguir sus pasos, desde la misericordia que alimenta la esperanza de un “cielo nuevo y una tierra nueva”, ver (Apocalipsis 21:1ss).

Un poema dice mejor estas cosas: “Pan y vino. Dos elementos simples y cotidianos. Y, a la vez, dos elementos llenos de misterio. Regalos de la tierra, santificados por el trabajo, benditos cuando se comparten. Pan y vino, memoria y esperanza, historia y proyecto, camino y horizonte. Pan y vino, solidaridad y compromiso hacia la construcción de un nuevo mundo, de una socie-

dad diferente, de otra economía posible. Pan y vino, señales... desafíos... comunión...”¹⁵

Apocalipsis: visión y esperanza de un mundo nuevo.

Desde nuestra memoria, aún desde nuestras derrotas y sufrimientos, Dios nos da la visión de un futuro distinto. El Apocalipsis fue escrito cuando el pueblo de Dios sufría la persecución del Imperio Romano: grandes sufrimientos y cuestionamientos muy serios. Podemos imaginar las siguientes preguntas: ¿Por qué no viene Dios a defendernos? ¿Valdrá la pena seguir siendo fieles? ¿El Imperio es más fuerte que nuestro Dios?. Allí Juan, preso del Imperio en la isla de Patmos recibe estas visiones y las escribe para animar a sus hermanos, a seguir en el proyecto de Dios. No encuentro mejor manera de compartir comentarios de Néstor Míguez del principio y final del libro para comprender su mensaje.

Esperanza y visión en la adversidad. Apocalipsis 1.1-19¹⁶

Este encuentro puede poner énfasis sobre las condiciones en que surge el libro del Apocalipsis: persecución, cárcel y destierro, pobreza y divisiones en las iglesias. Sin embargo, la visión es dada para reafirmar la esperanza y sostener en medio de la adversidad. Hay una in-

vitación a guardar esta palabra de esperanza.

El párrafo de alabanza de los vv. 4-8 nos trae una doxología que seguramente era recitada o cantada en las iglesias, a modo de Credo. En ella se describe la soberanía divina, mayor que cualquier soberanía humana, incluso más grande que la soberanía de la misma muerte.

Este canto no fue escrito en un momento de triunfo y poder de la Iglesia todo lo contrario: era el momento fuerte del poder del Imperio romano, que cubría todo el mundo occidental y se extendía hasta la India, y en África en todo el norte del Sahara, sometiendo a todos los pueblos a sus imposiciones arbitrarias. Sus aristócratas vivían del lujo y la riqueza robada a los humildes, sometidos a la esclavitud, empobrecidos por los impuestos. Sus emperadores se consideraban a sí mismos como dioses.

Frente a ello, esa iglesia chica y perseguida dice: “El imperio es de Dios, no de ningún gobierno humano”. Y esto era cantado mientras el emperador perseguía al pueblo de Dios.

El elegido de Dios para tener la visión es un prisionero de ese imperio (v. 9), pero un testigo de Dios. Dios y su Cristo son “el que era, que es, que ha de venir” (vv. 4 y 8, lo que técnicamente se llama una inclusión): es decir, convoca a la memo-

ria de las cosas hechas, al compromiso con lo que Dios sigue haciendo, y a sostener la esperanza en lo que Dios hará en su manifestación gloriosa.

La visión es un don del Espíritu (v. 10a). Pero no ocurre solamente para que la disfrute Juan como un privilegio. Es una visión para ser comunicada, necesaria tanto para sostener como para amonestar a las iglesias (v. 11). La descripción del Cristo victorioso que se brinda en los versículos siguientes no oculta el drama sangriento del cual emerge (v. 18: estuve muerto, pero vivo por los siglos de los siglos).

La visión afirma que la historia está abierta, pues las llaves las tiene Cristo. Él es quien puede abrir y cerrar el ciclo de vida y muerte (v. 18). Así, pues, lo que ahora parece derrota y dolor no será para siempre: hay cosas que van a venir, Dios seguirá actuando y modificando la realidad, hasta que la haga toda nueva.

Y nos sentó sobre sus rodillas. Apocalipsis 21. 1-5

No se trata de parches. La verdadera esperanza aspira a todo. No se conforma con que algo mejore de vez en cuando, aunque todos lo apreciamos cuando eso ocurre. En realidad, percibimos que hay algo mal de base, que no importa cuántos y cuán hábiles esfuerzos se hacen, siempre

hay algo que sale mal, y nunca estaremos plenamente conformes.

Por eso la verdadera promesa y la visión decisiva de Juan ve todo nuevo. Nuevo Cielo nueva Tierra, una nueva Ciudad..., todo nuevo. El mar, que para los antiguos israelitas era el lugar de donde venían los peligros y donde residía el abismo misterioso, ya no existe.

Los pueblos guaraníes buscaban una tierra sin males. Los griegos añoraban una edad de oro. Parece que todos los pueblos se dan cuenta que hay algo que esencialmente no funciona como debiera en la realidad humana (en América Latina, en cambio, nos sorprendemos si algo funciona!...), y la expectativa es que ese algo ceda lugar a una esperanza de plenitud. La Promesa es que todo será nuevo, y ese espacio del peligro, el mal, el dolor, la muerte, desaparecerá.

Algunos dirán que esa es una esperanza que va más allá de la historia... y es cierto. Las esperanzas históricas se hacen posibles también por esa esperanza total.

Una vez más la presencia de Dios se hace cotidiana. Es una presencia llena de amor... la nueva Jerusalén es como una novia lista para su boda. El mismo Dios establece su carpa con nosotros (cf. 7.15-17). Nosotros seremos su pueblo... Un Dios sin mediadores a los que hay que satisfacer, un Dios que se pasea

sin guardaespaldas ni secretarios que llevan agendas, un Dios totalmente accesible por todo el pueblo. Esa esperanza puede anticiparse, porque el mismo Dios que estará es el que hoy es... La esperanza se construye porque lo que es anunciado puede vivirse como una realidad, al menos en lo que Dios nos da. Quizás nuestro problema es que no estamos viviendo según la Promesa que se hace realidad... o que no nos atrevemos a vivir según la Promesa. Ese Dios victorioso que culmina la visión, que ha librado la más terrible batalla cósmica, que ha hundido definitivamente el mal, sin embargo, no sale de paseo en carro de victoria... Cuando ha establecido todo nuevo, se dedica como una madre o un abuelo cariñoso a enjugar las lágrimas.

Sabe que hemos caído y nos golpeamos... y nos sangran manos y rodillas. Y entonces, sentándonos en las divinas faldas, nos limpia las lágrimas, nos consuela... "Ya no llores más, ya no va a doler nada, no habrá de qué quejarse"... Y añade lo que solo Dios puede añadir, lo que mostró en la mañana de Resurrección: "Ya no habrá más muerte"...

Estas cosas fieles y verdaderas. Así, en que sea fiel y verdadero lo justo y bueno que hoy parece imposible, construye Dios nuestra esperanza. El Dios cariñoso capaz de sentarnos en sus rodillas...

Conclusiones: memoria y esperanza para nuestro tiempo

En este año que hacemos memoria de los 40 años de la última dictadura cívico-militar y su nefasto plan de exterminio y saqueo integral es una buena ocasión para releer la Biblia y encontrar en ella las señales de la acción de Dios en la historia para acunar, cuidar y renovar nuestra esperanza activa hacia un nuevo proyecto histórico de inclusión y justicia. En esta actualidad particularmente difícil en la historia de los pueblos, donde el capitalismo global en su fase financiera oprime y genera cada vez más pobreza y exclusión, los cristianos debemos aprender a leer los signos de los tiempos e interpretar la Biblia como mensaje actual de Dios

para nosotros. ¿Encontramos señales o muestras de la acción de Dios entre nosotros... o todo parece oscuro, sin salida, sin esperanza? ¿Hacemos memoria de lo que Dios hizo con su pueblo, en nuestras vidas para forjar su proyecto de liberación? Nos detenemos, repasamos el pasado y escuchamos las promesas de Dios. Muchas veces nos quedamos paralizados, sin capacidad de mirar provechosamente hacia atrás ni esperanzadamente hacia el futuro. El mensaje bíblico y del evangelio es una invitación permanente a construir o reconstruir la esperanza desde la memoria, para comprometernos en su proyecto actual de salvación y en la certeza de que Dios cumplirá su promesa “Yo hago nuevas todas las cosas”. Apocalipsis 21:5.

1. Milton Schwantes, *Estos son los descendientes de Teraj, Introducción a Génesis 12-25*, en Ribla n° 23, 1996, Ecuador, p.43-51.

2. Milton Schwantes, *A família de Sara e Abraão, Texto e contexto de Gn.12-25*, Vozes-Sinodal, Pet., 1986, p.47.

3. Ver J.S. Croatto, *El propósito querigmático de la redacción del Pentateuco. Reflexiones sobre su estructura y teología*, en Ribla 23, 1996, Ecuador, p.13.

4. ver Diccionario Ilustrado de la Biblia, Caribe, Miami, 1974, p.7. Sg. Albright entre 1900 y 1700 a.c., sg. Schwantes entre 1500 y 1400 a.c.

5. M. Schwantes, op.cit. p. 49.

6. Sandro Gallazzi, *Introducción a una lectura militante de la Biblia*, Córdoba, Ed. Tiempo Latinoamericano, 1995, p. 26.

7. op.cit. p. 51.

8. Carlos Mesters, Abraham y Sara, México, Palabra Ediciones, p.12, entre paréntesis agregado nuestro.

9. J.S. Croatto, *Liberación y libertad*, Buenos Aires, Mundo Nuevo, 1973, p.27.

10. Ver S. Gallazzi, op.cit. p. 42.

11. Jürgen Moltmann, *La venida De Dios: Escatología cristiana*. Sígueme, Salamanca, 2004. p.14

12. Ver Moltmann, op.cit. p.14

13. J. Moltmann, *Temas para una teología de la esperanza*, La Aurora, Bs. Aires, 1978, p.118ss.

14. J. Moltmann, *El futuro de la creación*, Sígueme, Salamanca, 1979, p.37.

15. Gerardo Oberman, en www.webselah.com.

16. Transcripción del texto de Néstor Míguez, *Comentario bíblico del Apocalipsis*, en Recursos litúrgicos de la Iglesia Metodista Argentina, www.iema.org.ar